

## **LAS “IMÁGENES NACIONALES” COMO OBJETO DE ESTUDIO: NACIÓN Y GUERRAS SIMBÓLICAS. EL CASO ESPAÑOL (1990-2006)**

Enrique SANTOS UNAMUNO  
*Universidad de Extremadura*

### **Resumen**

El presente trabajo trata de articular algunos de los diferentes enfoques utilizados para encarar el controvertido objeto de las imágenes nacionales. A partir de la Historia Cultural, y tras la necesaria superación de algunas dicotomías estériles (palabra/imagen, culto/popular, factual/ficcional), desembocaremos en los procesos de formación de los imaginarios nacionales, entendidos como campo de batalla de guerras simbólicas por el monopolio de las clasificaciones identitarias a partir de la Modernidad. Así, en la discusión académica en torno a las imágenes nacionales, las ideas de nación y nacionalismo aparecen como piezas clave, a un tiempo objetos y sujetos de disciplinas como la Imagología literaria y la Historiografía o de actividades como la Diplomacia Pública. A modo de ejemplo práctico, el trabajo concluye con un análisis de las discusiones académicas en el seno de las ciencias sociales en torno a la imagen y la identidad españolas a caballo entre los siglos xx y xxi.

*Palabras clave:* Imagología, historia cultural, imaginario social, construcción de la nación, nacionalismo, diplomacia pública.

### **Abstract**

This paper attempts to articulate some of the different approaches adopted to deal with the controversial object of national images. Starting from Cultural History and leaving behind some sterile dichotomies (word/image, highbrow/lowbrow, factual/fictional), we'll focus on the formation processes of national imaginaries. These processes are seen as a symbolic battlefield in the struggle for controlling social identity classifications from the Modern Age. Nation and nationalism appear thus as key elements in the academic debate regarding national images, both objects and subjects of disciplines such as Literary Image Studies and Historiography, or activities such as Public Diplomacy. Finally, the paper provides a survey of academic debate in social sciences on the image and identity of Spain in the last twenty years.

*Keywords:* Image studies, cultural history, social imagery, nation-building, nationalism, public diplomacy.

A Ricardo Senabre

## 1. DE LA IMAGEN AL IMAGINARIO: AVATARES DE LA REPRESENTACIÓN

Un veloz recorrido por los títulos de las contribuciones que componen el presente volumen, centrado en algunas de entre las posibles y diferentes *visiones* de España, puede ponernos ya tras la pista de la complejidad teórica ínsita en dicha empresa. A la presencia de la ya mencionada *visión* de España se une en otros casos la de la *imagen*, sin olvidar el uso de la palabra *óptica* o de la preposición *desde*, con implicaciones en ambos casos visuales y perspectivistas. Junto a estas nociones, aparecen los términos de *idea* y de *concepto*, los dos ligados a la esfera del pensamiento, pero etimológicamente emparentados también con la percepción y la representación visual, según una posición gnoseológica y metafísica rastreable en Occidente al menos hasta el idealismo platónico. Nos damos así de bruces con uno de los nudos teóricos más intrincados de la reflexión europea, el que ve alternados, opuestos o conjugados, según los casos y los contextos, lo verbal y lo icónico como elementos culturales omnipresentes en la historia de los seres humanos.

Limitémonos, por el momento, a consignar el carácter ambiguo y polisémico del término *imagen*, el elegido para formar parte del título de nuestra intervención. En efecto, si desde un punto de vista intuitivo parece reinar un tácito acuerdo respecto a qué queremos decir cuando hablamos de "la imagen de España" (o de cualquier otra entidad étnica, nacional o estatal de parecidas características...), no resulta tan fácil proporcionar una definición del objeto que satisfaga unos mínimos criterios de científicidad, sin duda como consecuencia de esa enorme riqueza semántica encerrada en la idea de *imagen*. Ante las dificultades planteadas por las diferentes caras de la cuestión, y como consecuencia del crecimiento de la producción icónica en las sociedades contemporáneas, no es casual que muchos trabajos centrados precisamente en la Teoría de la imagen, aun partiendo de presupuestos diferentes, coincidan en circunscribir dicha noción hasta reducirla a la representación de objetos en soportes materiales externos, haciendo hincapié casi exclusivamente en la descripción de imágenes bidimensionales (pintura, grabado, fotografía, cine, cómic...). Todo ello, en detrimento de las imágenes tridimensionales, así como de las llamadas imágenes verbales (vehiculadas por medio del lenguaje) y, sobre todo, de las imágenes mentales, verdadera bestia negra de los estudios de matriz semiótica y estructural.

Sin negar la importancia de los accesos formales emparentados con el llamado "giro semiológico" (*Semiological Turn*) a la hora de afrontar los diferentes aspectos de la imagen, en estas páginas partiremos de la necesidad de una contextualización social e histórica más amplia de las actividades ligadas a la producción verbal e icónica y de sus relaciones con otras series históricas como, por ejemplo, la formación de los imaginarios y las identidades nacionales. A ello apuntan nuevos interrogantes, como los planteados por los *Visual Studies* (corriente heterodoxa en el seno de la historia del arte) o por algunos francotiradores que han ampliado la tradicional indagación de las relaciones interartísticas en beneficio de una perspectiva más abierta. Uno de esos francotiradores es sin duda W. J. Thomas Mitchell, quien, a partir de la heterogeneidad de la familia semántica de la *imagen* (que incluiría objetos tan dispares como cuadros, estatuas, ilusiones ópticas, mapas, diagramas, sueños, espectáculos, poemas, panfletos, ilustraciones, ideas, etc.), ha propuesto y emprendido una indagación teórica e histórica acerca de los orígenes y mutaciones de dicha familia. Para ello, el autor parte de un árbol genealógico (*family tree*) de las imágenes, distribuidas así en cinco ramas o tipos: gráficas, ópticas, perceptuales, mentales y verbales, todas ellas objeto de diferentes disciplinas que irían desde la psicología y la epistemología a la historia del arte, la teoría de la literatura, la psicología

o la neurología. Frente a esta heterogeneidad, y en contra de la frecuente reducción contemporánea de las imágenes a las de índole gráfica y óptica, Mitchell aboga por la necesidad de articular un nuevo campo de estudios y por la urgencia de ensayar una visión de conjunto que examine esas líneas divisorias trazadas entre los diferentes tipos de imágenes y que desmonte los presupuestos manejados por cada una de esas disciplinas en lo tocante a la naturaleza de esos dispositivos icónicos. El resultado de dicho examen de conjunto es la convicción de que la historia de la cultura es en alguna medida *the story of a protracted struggle for dominance between pictorial and linguistic signs, each claiming for itself certain proprietary rights on a "nature" to which only it has access* (Mitchell, 1986: 43).

De esta forma, la historia sociocultural de las identidades y las representaciones colectivas nos devuelve a la pareja palabra/imagen y nos mete de lleno en la resbaladiza cuestión del *imaginario*, otra de las nociones centrales a la hora de encarar las imágenes nacionales como objeto de estudio. Dicha noción, barajada por las ciencias humanas a partir de mediados del siglo XX, y ligada al estudio de las producciones basadas en imágenes, sustituyó a la añeja y debatida cuestión de la *imaginación* en cuanto facultad psicológica de engendrar y utilizar imágenes. Este progresivo deslizamiento de la esfera de la producción a la de los productos objetivados ha llevado a la incipiente confluencia entre la noción de imaginario (entendido en principio como proceso) y la de "imagería" (*imagerie*), definida como conjunto de imágenes ilustrativas de una realidad y cuyo contenido ya está prefijado por dicha realidad concreta o por una idea<sup>1</sup>. En otras palabras, y ya en el plano colectivo, si para algunos estudiosos el imaginario es *le théâtre, le lieu où s'expriment de manière imagée [...], c'est-à-dire à l'aide d'images, de représentations, les façons [...] don't une société se voit, se définit, se rêve* (Pageaux, 1989: 135-136), otros hacen hincapié más bien en *un ensemble de productions, mentales ou matérialisées dans des œuvres, à base d'images visuelles (tableau, dessin, photographie) et langagières (métaphore, symboles, récit), formant des ensembles cohérents et dynamiques* (Wunenburger, 2003: 10). Esta segunda definición parece hacer especial hincapié en la dimensión verbal e icónica así como en el carácter simbólico y ficcional de las producciones del imaginario, dando por sentada una neta demarcación positivista entre esferas como la mitología, la religión, la literatura o las concepciones precientíficas e inverificables y otros ámbitos, caracterizados por un acceso privilegiado a la realidad y que podríamos calificar de científicos. Una demarcación cuya nitidez ha sido objeto de discusión y que nos introduciría en el territorio de algunas nociones como las de ideología y mentalidad, ya manejadas por el pensamiento y la historiografía marxistas (con sus múltiples derivaciones) y a todas luces emparentadas con la definición de *imaginario*.

A este respecto, el intento de superación del enfrentamiento entre una "física social" (estudio de posiciones y relaciones) y una "fenomenología social" (análisis de acciones e interacciones entre individuos y grupos), una de las múltiples caras del binomio opositivo objetivismo/ subjetivismo, se ha plasmado en las últimas décadas en los intentos de la historia sociocultural por crear nuevos territorios disciplinarios en los que poder *inscribir los pensamientos claros, las intenciones individuales, las voluntades particulares, en los sistemas de coerciones colectivas que los hacen posibles a la vez que los refrenan* (Chartier, 1993a: 101). Es decir, una articulación entre estructuras objetivas y representaciones subjetivas, un paso hacia adelante respecto a la rigidez asociada a la teoría ortodoxa del "reflejo" (de nuevo, metáforas ópticas), que hace vano y derivativo el estudio de lo cultural. Una de las propuestas más interesantes y rentables en esa dirección es, a nuestro juicio, la elaborada a partir de los años 60 del siglo

<sup>1</sup> En esta órbita se mueven disciplinas como la Tematología o la Imagología (de la que nos ocuparemos más adelante), en el ámbito de la Literatura Comparada, o la Iconología y la Iconografía, en el seno de la Historia del Arte.

pasado por el sociólogo Pierre Bourdieu, cuya Teoría de la práctica (condensada en la pareja conceptual campo/*habitus*) refleja muy bien esa conciliación, en el plano de las ciencias sociales, entre lo "físico" y lo "fenomenológico" a la que se refería Roger Chartier.

Sin entrar a analizar ahora en profundidad la obra del sociólogo francés, sobre cuyas implicaciones volveremos al hilo de las cuestiones identitarias de base nacional, sí nos gustaría referirnos brevemente a su noción de "poder" o "violencia" simbólicos (*pouvoir/violence symbolique*), una síntesis de diferentes tradiciones teóricas (desde el neokantismo hasta el estructuralismo o el marxismo) aplicada al estudio de sistemas simbólicos como el mito, la religión, las artes o la lengua. Bourdieu hace hincapié en la idea, ya enunciada por Durkheim, de que la "solidaridad social" se basa en un sistema simbólico compartido. Es decir, los símbolos son los instrumentos privilegiados de la integración humana, posibilitan el consenso relativo al sentido del mundo social y contribuyen a la reproducción de dicho mundo. Si sumamos a todo ello la concepción marxista de las producciones simbólicas como instrumentos de dominación (la base de la trabajada noción de *ideología*), obtendremos un escenario de luchas simbólicas entre las clases y los grupos, luchas cuyo objeto reside en la definición del mundo y de la realidad más acorde con sus intereses y que pueden desarrollarse directamente en los conflictos de la vida cotidiana o por medio de especialistas de la producción intelectual que pugnan por el monopolio de la violencia simbólica legítima. Los sistemas de clasificación legitimados, ya sean filosóficos, religiosos, políticos o nacionales, actuarían así eficazmente en tanto en cuanto *les rapports de force qui s'y expriment ne s'y manifestent que sous la forme méconnaissable de rapports de sens* (Bourdieu, 1977: 210)<sup>2</sup>.

En una línea emparentada con la de Pierre Bourdieu (si bien en este caso se procede de lo histórico a lo social, y no viceversa), Roger Chartier ha insistido en la centralidad de la *representación* como piedra de toque de estas indagaciones (definidas como una *historia cultural de lo social*). Según este punto de vista, se trataría de articular tres aspectos fundamentales: en primer lugar, la idea de que las representaciones colectivas *incorporan en los individuos las divisiones del mundo social y organizan los esquemas de percepción y de apreciación a partir de los cuales clasifican, juzgan y actúan éstos*; en segundo lugar, el estudio de *las formas de exhibición del ser social o de la potencia política* (desde el rito a cualquier tipo de *performance* simbólica); por último, la plasmación en *un representante (individual o colectivo, concreto o abstracto) de una identidad o de un poder, dotado así de continuidad y de estabilidad* (Chartier, 1993a: 101). Esta focalización sobre la esfera de las representaciones es especialmente provechosa en los trabajos que parten de la Modernidad (y de su complicada gestación) como objeto de estudio. Ello se explicaría por la importancia que tuvo en las sociedades occidentales el progresivo retroceso de la violencia entre la Edad Media y el siglo XVIII, debido a la monopolización del uso legítimo de la fuerza por parte del Estado absolutista. De acuerdo con esta hipótesis, ya durante el Antiguo Régimen se habría producido una perversión en las relaciones de representación, cuyo ejemplo perfecto sería la teatralización de la vida social, con una marcada tendencia a hacer que la representación *oculte en lugar de pintar adecuadamente aquello que es su referente*, lo que la convierte en *máquina de fabricar respeto y sumisión*, instrumento de una *coacción interiorizada* que flanquea o sustituye a la fuerza bruta (Chartier, 1992: 59). Un proceso en virtud del cual las confrontaciones sociales directas habrían ido dejando cada vez más espacio a todo tipo de luchas simbólicas, encami-

<sup>2</sup> La noción de *poder simbólico* tiene a todas luces muchos puntos de contacto con el concepto de *hegemonía* acuñado en el primer tercio del siglo XX por Antonio Gramsci, quien, a partir de la distinción efectuada por Machiavelli entre *forza* y *frode*, subraya que la clave de los procesos hegemónicos no reside tanto en la coerción física cuanto en la obtención del consentimiento de los dominados a través de las relaciones de sentido, de la forma de ver el mundo, una forma que favorece los intereses del bloque del poder (Williams, 1983: 144-146).

nadas a jerarquizar la estructura social, lo que hace especialmente necesaria una historia de las modalidades de hacer creer y de las formas de la creencia, de las relaciones de fuerza simbólica y, en cada caso, de la aceptación o el rechazo, por parte de los dominados, de los principios inculcados, de las identidades impuestas que pretenden asegurar y perpetuar su sometimiento (Chartier, 1993a: 101). Todo un filón de estudios acerca de la formación de las identidades nacionales, como veremos, transita con provecho esas sendas teóricas.

En cuanto a las opciones metodológicas adecuadas para poder captar los entresijos de estas luchas simbólicas o representativas, es ya añeja la oposición entre lo cualitativo y lo cuantitativo. La historia de las mentalidades, tras la saturación y el colapso de la idea "monumental" de cultura, abogó en la mayor parte de los casos por un análisis serial del tercer nivel, privilegiando una perspectiva "documental", *les attitudes collectives des masses, au détriment de l'expression privilégiée de quelques-uns* (Vovelle, 1982: 40). Una toma de posición que tuvo consecuencias, por ejemplo, en el estudio de las series literarias e iconográficas, favoreciendo el acceso a la categoría de fuentes de artefactos históricos tradicionalmente soslayados o relegados a un segundo plano en cuanto tachados de *populares*. Sin embargo, semejante postura corre el riesgo de olvidar la importancia cualitativa y el poder de modelización de las producciones simbólicas propias del *campo intelectual*, en el sentido que Bourdieu da a dicho término. Por otra parte, sin entrar de lleno en las discusiones acerca de la problemática y poco afortunada categoría de *lo popular*, creemos mucho más rentables las propuestas que parten del cuestionamiento de tres longevas dicotomías como son *culto/popular, creación/consumo y realidad/ficción*. La primera pareja tiene en su contra la difícil asignación social inmediata de las prácticas populares y cultas, pues ambas se cruzan e imbrican continuamente en la historia. La oposición entre producción y recepción, invención y pasividad, por su parte, es deficitaria en cuanto considera las ideas y las formas como portadoras de significados intrínsecos e independientes respecto a la apropiación de los receptores individuales y colectivos, no dejando espacio para las diferentes estrategias interpretativas posibles, incluidas las de tipo subversivo o resemantizador (un aspecto éste ya subrayado por los primigenios Estudios Culturales británicos). Para concluir, el tercer binomio olvida que realidad y representación no son campos opuestos y que la distinción entre textos documentales y ficcionales puede no ser rentable para el historiador de la cultura en según qué contextos, pues, en puridad, ningún texto tiene una relación de transparencia con la realidad percibida (Chartier, 1992: 33-41). Esta triple refutación se muestra especialmente relevante para nuestro hilo argumental, pues nos permite hacer hincapié en la necesidad de tener en cuenta las representaciones (y no sólo las lingüístico-textuales) tanto *cultas* como *populares, individuales* como *colectivas, ficcionales* como *factuales*. Así pues, en lo que sigue, nos centraremos en la relación entre luchas simbólicas e identidades nacionales, especialmente en el seno de las ciencias sociales, para desembocar, por último, en la imagen de España en cuanto objeto de estudio concreto, centrándonos en los últimos tres lustros.

## 2. NACIÓN Y GUERRAS SIMBÓLICAS

Como acabamos de señalar, los conflictos de representaciones atraviesan continuamente los límites entre las tres parejas recién mencionadas, lo que deviene en diferentes niveles y prácticas a la hora de afrontar el estudio de la formación, desarrollo, transmisión y evolución de las imágenes (mentales, verbales, visuales o de cualquier tipo) que constituyen la apuesta básica de las guerras por el monopolio simbólico, incluidas, por supuesto, las "imágenes nacionales". No hay que menospreciar, así pues, la posibilidad de considerar las ciencias hu-

manas (en cuanto práctica textual y representativa) como una parte del campo de las luchas simbólicas. En ese orden de cosas, es muy significativo que Pierre Bourdieu escogiera precisamente la teoría de los climas, tal y como fue enunciada por Montesquieu a mediados del siglo XVIII, para ejemplificar su análisis de lo que denominaba *retórica de la cientificidad*, bautizada consiguientemente como *effet Montesquieu*<sup>3</sup> y que funcionaba a modo de *mitología científica* basada a un tiempo en dos principios de coherencia entrelazados y a primera vista indistinguibles: *une cohérence proclamée, d'allure scientifique, qui s'affirme par la multiplication des signes extérieurs de la scientificité, et une cohérence cachée, mythique dans son principe* (Bourdieu, 1982b: 332).

En realidad, el armamentario teórico manejado por el pensador ilustrado tenía a sus espaldas una larga historia, desde la teoría médica del humorismo enunciada por Hipócrates y Galeno a la teoría de las zonas climáticas formulada por la tradición geográfica de Eratóstenes, Estrabón y Ptolomeo. Una tradición reelaborada posteriormente por el humanismo europeo (pensemos en el doctor Huarte de San Juan, para no ir muy lejos) y que entre los siglos XVI y XVIII supuso *el paso de la teoría del clima a una teoría etnográfica generalmente aceptada, debido a que ofrecía una explicación racional a las "características nacionales" y a las diferencias entre los pueblos europeos* (Beller, 2004: 76)<sup>4</sup>. Lo sorprendente de todo ello, una vez desmontada la "estructura fantasmática" subyacente en este punto a *L'esprit des lois* como a otras obras "científicas", es la *soumission et la complaisance qu'appellent les œuvres légitimes et l'abaissement de la vigilance logique* por parte de la comunidad investigadora, un fenómeno que muchas veces impide que se considere *objet de science* lo que se presenta como *objet de culte et sujet de science* (Bourdieu, 1982b: 341).

Una sumisión que, sin embargo, ha sido puesta a dura prueba por buena parte de la ingente producción historiográfica, sociológica y antropológica centrada en los fenómenos de la nación y del nacionalismo, especialmente en los últimos veinticinco años. José M. Faraldo trató hace tiempo de poner algo de orden en tan vasto corpus, distinguiendo entre las teorías *constructivistas* o *modernistas*, los enfoques posmodernos y las contestaciones al paradigma modernista, que oscilarían entre el *esencialismo* o *perennialismo*, generalmente asociado a algún nacionalismo histórico, y el denominado *etno-simbolismo histórico*. Las teorías constructivistas (Ernest Gellner, Miroslav Hroch, Benedict Anderson, Eric Hobsbawm, entre otros), con diferentes matices, insisten en considerar la nación como un fenómeno reciente y estrechamente ligado a la modernización y al trabajo simbólico de las elites intelectuales. La nación, desde este punto de vista, habría sido una respuesta a la crisis del Antiguo Régimen, *el sucedáneo de las antiguas lealtades grupales [...], una acertada respuesta al problema de la legitimación del ejercicio del poder en las nuevas sociedades liberales desacralizadas*

<sup>3</sup> Tampoco es casual que Anne-Marie Thiesse, al rastrear los distintos componentes y prácticas que confluyen en la conformación de las identidades nacionales, hable de *fonction Montesquieu* para referirse a la utilización, por parte de los folkloristas europeos del siglo XIX, de las poblaciones rurales en cuanto encarnación del Pueblo, *l'expression la plus authentique du rapport intime entre une nation et sa terre* (Thiesse, 1999: 161).

<sup>4</sup> La noción de *carácter nacional*, hace ya mucho tiempo definitivamente desmontada y desautorizada por ciencias humanas como la antropología o la historiografía (Caro Baroja, 1986; Maravall, 1963), sigue funcionando en sordina, con el conveniente *aggiornamento* cosmético y mistificador, en muchas contribuciones académicas. Dos ejemplos especialmente irritantes: Amando de Miguel, bajo el marbete *sociología de la vida cotidiana*, nos propina las peores banalidades de la etnopsicología (De Miguel, 1994); el antropólogo Julian Pitt-Rivers, por su parte, en un volumen que se presenta como fruto de un encuentro académico, no sólo afirma que *los españoles existen objetivamente y tienen un carácter nacional*, sino que avanza una definición de los rasgos propios de ese *Volksgeist* español, con perlas como éstas: *el español es endémicamente incapaz de 'minding his own business'*, o incluso *el español sabe mentir como nadie, sobre todo el andaluz, que sabe mentir mejor que todos los italianos y los griegos juntos* (Pitt-Rivers, 1991: 37-38). Un análisis más riguroso de los orígenes y evolución de dicho concepto desde el punto de vista histórico y pragmático puede hallarse en Leerssen (2000) y Núñez Florencio (2001: 21-44).

(Molina Aparicio, 2005: 147). De ahí la consideración de las naciones como sustituto de los referentes religiosos, entidades que no responden al punto de vista racional sino existencial: *como la religión o la familia, la nación es un lazo íntimo, personal, sobre el que no se razona* (Álvarez Junco, 2001b: 17). Como vemos, se trata de una negación de las tesis esencialistas en la que los enfoques instrumentalistas o modernistas coinciden con las corrientes posmodernas (desde la nueva historia sociocultural a los *Cultural Studies*, el feminismo o el poscolonialismo). Por su parte, el perennialismo hace hincapié en la *longue durée* y trata de retrotraer todo lo posible el surgimiento de la nación y del nacionalismo. A medio camino (aunque se sirve de los logros modernistas), el *etno-simbolismo histórico* de Anthony D. Smith, que afea a los modernistas (que denomina *heraclitianos*) su incapacidad de comprender la base étnica material y simbólica sobre la que se crean las naciones y opone a los esencialistas (en su terminología, *parmenídeos*) la investigación histórica, que demostraría que buena parte de los rasgos nacionales no son naturales sino (re)construidos<sup>5</sup>. En otras palabras, *el hecho de que las naciones sean construidas no es invalidado por la circunstancia de que, quienes las construyen, se vean limitados por la preexistencia de una determinada realidad etno-histórica; al mismo tiempo, que el pasado esté compuesto de tradiciones y memorias constantemente reelaboradas, no impide que sea sólo el profundo choque de la llegada de la modernidad lo que permita la creación de naciones en el sentido actual* (Faraldo, 2001: 956).

Afortunadamente, este creciente interés por los orígenes y el desarrollo de las identidades nacionales europeas (y no sólo, como testimonian los enfoques poscoloniales e interculturales), ha llevado también, especialmente en el seno de la facción *modernista*, a una reconsideración del papel que los intelectuales en general y las ciencias humanas en particular han desempeñado en la forja de dichas identidades en el seno de la modernidad occidental. Así, Anne-Marie Thiesse ha rastreado la constitución de lo que denomina "*check-list*" *identitaire* o "*système IKEA*" *de construction des identités nationales*, un elenco de elementos simbólicos y materiales en cuya construcción fueron y son fundamentales diferentes ciencias humanas o prácticas simbólicas (las "artes", en primer lugar), demostrando una vez más la fluidez de las parejas culto/popular y texto factual/texto ficcional. Entre esos elementos, podemos mencionar: una historia que sanciona la continuidad con los antepasados venerables, una serie de héroes en quienes se encarnan las virtudes nacionales, una lengua, monumentos culturales, un folklore, un paisaje típico, una mentalidad particular, representaciones y símbolos oficiales y algunas identificaciones pintorescas (costumbres, cocina, animales emblemáticos...) (Thiesse, 1999: 14). Por su parte, Benedict Anderson, combinando los procesos *duros* de *nation-building* con el aspecto *blando* ligado a las ideologías y los sentimientos, subrayó en su día la importancia del capitalismo, de la imprenta y de la fatal diversidad lingüística humana en los orígenes culturales del nacionalismo, así como el papel fundamental de las ciencias humanas y sociales (filología, geografía, economía, sociología, historiografía...) (Anderson, 1991).

Pero, sin duda, uno de los méritos del trabajo de Anderson fue la acuñación de la etiqueta *imagined communities* para referirse a las naciones<sup>6</sup>. Un marbete éste tantas veces malentendido

<sup>5</sup> Especialmente acertada la metáfora utilizada por Smith ("'Gastronomy' or 'Geology'? The Role of Nationalism in the Reconstruction of Nation", 1995), que ve en a posición modernista un enfoque *gastronómico* (la nación surgiendo de la nada por la pura combinación de elementos llevada a cabo por los intelectuales) y en la esencialista un modelo *geológico* (la nación como serie de estratos históricos, fenómeno de larga duración) (*apud* Faraldo, 2001: 955). Antonio Morales Moya, en la órbita de la historiografía nacionalista españolista, acepta explícitamente esa metáfora y afirma que España, *una cultura universal que traspasa siglos y continentes*, se habría formado *como un patrimonio institucional y cultural sedimentado por la tradición histórica* (Morales Moya, 2000: 234).

<sup>6</sup> El carácter *imaginativo* de las naciones provendría de la imposibilidad de compresencia de sus componentes: *the members of even the smallest nation will never know most of their fellow-members, meet them, or even*

y utilizado como piedra arrojada contra el nacionalismo, según la vetusta tradición que identifica *imaginación* con mentira e irrealidad. Muy al contrario, el propio Anderson, refiriéndose a la actitud casi irritada de Ernst Gellner al afirmar que el nacionalismo inventa naciones allí donde no existen, especifica que los procesos inventivos no deben asociarse tanto a la noción de falsedad cuanto a la de imaginación (*imagining*) y a la de creación (*creation*): *communities are to be distinguished, not by their falsity/genuineness, but by the style in which they are imagined* (Anderson, 1991: 6). Insoslayable, en este contexto, la mención de Eric Hobsbawm y su afortunada insistencia en la *invención de tradiciones*, una noción postulada en la introducción al volumen homónimo editado en 1983 junto a Terence Ranger. El historiador británico define allí las tradiciones inventadas como un conjunto de prácticas rituales y simbólicas gobernadas por reglas (tácita o patentemente aceptadas) y destinadas a inculcar una serie de valores y normas de conducta a través de la repetición, y del establecimiento de una continuidad con el pasado. En rigor, admite el autor, todas las tradiciones son inventadas, si bien Hobsbawm trata de establecer una serie de diferencias entre el concepto de tradición y los de costumbre (*custom*) y convención (*convention*), para luego insistir en la interconexión entre invención de tradiciones y situaciones sociales de crisis y cambios a gran escala, lo que salda definitivamente la invención de tradiciones a los procesos de modernización y a la consiguiente crisis de las representaciones. Por otra parte, la idea de *invención* no conlleva la imposibilidad de servirse de materiales de derribo presentes en los rituales simbólicos del pasado, si bien la tradición resultante será nueva en la medida en la que también lo sean las necesidades que colma. A este respecto, se distinguen tres tipos superponibles de tradiciones inventadas: las destinadas a simbolizar la cohesión de comunidades reales o artificiales, las que sancionan instituciones y relaciones de autoridad y aquellas encaminadas a la socialización por medio de la inculcación de valores, creencias y normas de comportamiento (Hobsbawm, 1983a: 9). Hobsbawm pasa entonces a identificar la nación, en cuanto fenómeno ligado a la modernización, como uno de los ejemplos más cumplidos de entre las denominadas '*communitarian*' *invented traditions* (*op. cit.*: 10), haciendo hincapié en la dificultad de conciliar el cariz horizontal de la comunidad *inventada* con las patentes desigualdades, los conflictos sociales y el carácter jerárquico de muchas instituciones. Por último, tras interrogarse acerca de la utilidad del estudio de dichas tradiciones por parte de los historiadores, nuestro autor recalca (en línea con Anderson y Thiesse) la importancia que en su formación ha revestido la misma historia *as a legitimator of action and cement of group cohesion* (*op. cit.*: 12), un aspecto éste especialmente relevante en los estudios sobre la nación y los múltiples aspectos *inventivos* a ella asociados (el nacionalismo y sus declinaciones políticas y simbólicas) (*op. cit.*: 13)<sup>7</sup>.

También en este caso, el concepto de *invención* postulado por Hobsbawm ha sido utilizado interesadamente como prueba irrefutable del voluntarismo de algunas naciones en detrimento de otras (plasmadas o no en Estados), vanificando el esfuerzo teórico del historiador británico y modificando los términos originales de la definición, que pasan así del plano heurístico al

*hear of them, yet in the minds of each lives the image of their communion* (Anderson, 1991: 6). Su condición de comunidades se debería al hecho de que, *regardless of the actual inequality and exploitation that may prevail in each, the nation is always conceived as a deep, horizontal comradeship* (*op. cit.*: 7), un rasgo sin duda relacionado con las cuestiones analizadas al hilo de las nociones de ideología, hegemonía, violencia simbólica y representación.

<sup>7</sup> Las posiciones hobsbawmianas han supuesto también una coartada para cierto antinacionalismo visceral que pasa a identificar el fenómeno como algo *intrínsecamente* negativo, sustrayéndolo así a la *neutralidad nacional*. Véase al respecto, en el plano divulgativo y didáctico, el *taller de historia* recientemente aparecido en el ámbito editorial español, un proyecto muy sugestivo en el que el nacionalismo queda reducido a los capítulos dedicados a la manipulación de la historia como sujeto activo de dichas distorsiones (Corral-García Herrero-Navarro, 2006: 249-259 y 274-285).

axiológico<sup>8</sup>. Por nuestra parte, consideramos que quizá fuera más rentable explotar el sentido etimológico y retórico aún latente en la idea de *invención*: *invenire* es, literalmente, “encontrar” una serie de lugares comunes (*topoi*) y de imágenes antes de componerlos (*dispositio*) en una trama o argumentación convincente. De esta forma, a la discusión en torno al hipotético “valor de verdad” de las diferentes *invenciones* nacionales, le sucedería la interrogación acerca de los mecanismos y los contextos por los que la representación de lo real pasa a identificarse con una realidad que sólo conocemos a través de la representación.

Como vemos, la dificultad, en este incierto terreno de la identidad étnica, local, regional o nacional, es de orden conceptual y, por ende, metodológico. En la práctica social, los criterios *objetivos* de dicha identidad, tal como son descritos por la etnología o la sociología, son objeto de representaciones tanto mentales como objetuales (de ahí las *comunidades imaginadas*, en el sentido antes señalado). En otras palabras, funcionan como signos (de poder o de estigmatización) y pueden ser utilizados por sus portadores en función de intereses materiales y simbólicos. Así pues, la necesaria y previa distinción científica entre la representación y la realidad debe ser superada en este terreno, con el fin de incluir en la realidad la representación de la realidad, también en sus aspectos históricos. Es decir, *la lutte des representations, au sens d'images mentales, mais aussi de manifestations sociales destinées à manipuler les images mentales* (Bourdieu, 1982a: 282). Entre esas “manipulaciones” (entiéndase el término también en este caso en un sentido etimológico), las que dan lugar a los imaginarios nacionales no son sin duda las últimas. Las guerras simbólicas se caracterizan, como hemos visto al hilo de las ideas de Roger Chartier o de Pierre Bourdieu, por ser un caso especial de lucha por el poder de hacer ver y de hacer creer, de conocer y de reconocer. Un acto de magia social que tiene éxito cuando se consigue insuflar una nueva visión y división del grupo social, *une vision unique de son identité et une vision identique de son unité* (*op. cit.*: 286-287). En tan proceloso mar, es importante no olvidar que la más *natural* de las realidades y de las clasificaciones descansa muchas veces en rasgos y criterios poco o nada naturales, se apoya más bien en estados anteriores en la relación de fuerzas presentes en el campo de batalla simbólico, ya que las fronteras y los límites producen la diferencia cultural en la misma medida en que son consecuencia de ella (*op. cit.*: 284). Por eso, desde el punto de vista del historiador, creemos, con Justo G. Beramendi, que es necesario mantener una actitud epistemológica de *neutralidad nacional*, ya que *la nación, en cuanto categoría analítica, ni existe ni deja de existir, y en cuanto realidad sólo existe objetivamente en la medida, y estrictamente en la medida, en que un colectivo humano cree que existe y actúa políticamente en consecuencia. No es, pues, algo dado que permita explicar otras cosas, sino al contrario, es a ella a la que hay que explicar* (Beramendi, 1992: 153-154). Como ya señalamos, la proliferación de este tipo de enfoques constructivistas en las ciencias humanas y sociales a partir de la segunda mitad del siglo xx, frente al tradicional esencialismo del discurso sobre la nación (un esencialismo que sigue, por lo demás, en espléndida forma), puede ser vista como uno de los factores que explican la efervescencia experimentada por los estudios relativos a la nación y el nacionalismo en las últimas décadas, con la consiguiente mezcla de enfoques, disciplinas y metodologías.

El caso español, como tendremos ocasión de comprobar a continuación, no es una excepción. En lo tocante al análisis de la “imagen de España”, un heterogéneo y resbaladizo campo

<sup>8</sup> Una transición, para ser honestos, que el propio Hobsbawm parece apadrinar cuando afirma, en otro contexto: *no puedo por menos de añadir que ningún historiador serio de las naciones y el nacionalismo puede ser un nacionalista político comprometido, excepto en el mismo sentido en que los que creen en la verdad literal de las Escrituras, al mismo tiempo que son incapaces de aportar algo a la teoría evolucionista, no por ello no pueden aportar algo a la arqueología y a la filología semítica. El nacionalismo requiere creer demasiado en lo que es evidente que no es como se pretende* (Hobsbawm, 1991: 20).

de estudio que, sin embargo, cuenta ya con una tradición bastante asentada, es necesario hacer dos precisiones. Desde el punto de vista cronológico, hemos limitado nuestro análisis aproximadamente a los últimos quince años, con el fin de comprobar si y hasta qué punto las tesis constructivistas surgidas en el ámbito internacional han influido en la discusión doméstica. Desde el punto de vista disciplinar, hemos dividido las contribuciones reseñadas en dos grandes grupos: por una parte, los acercamientos *imagológicos* ligados a la proyección de la imagen de España en el extranjero, un filón con una larga trayectoria y especialmente explotado en el seno de los estudios humanístico-literarios de índole histórica, pero al que hace ya tiempo se le han añadido inesperadas y mucho menos académicas aplicaciones; por otra parte, los trabajos *historiográficos* centrados en los aspectos identitarios y simbólicos del nacionalismo español, a su vez susceptibles de ser enmarcados en algunos debates historiográficos que ejemplifican de forma inmejorable esas guerras simbólicas mencionadas a lo largo de estas páginas.

## 2.1. LA IMAGEN DE ESPAÑA. PERSPECTIVAS IMAGOLÓGICAS

La *imagología* es una rama o disciplina (según los puntos de vista) ligada a los estudios literarios de base comparatista. Al igual que éstos, se caracteriza por ser un lugar de conflicto y efervescencia teórica, por lo que, si por una parte no es fácil dar una definición cumplida de ella, por la otra, podemos estar seguros de que su trabajada historia y su evolución revelan en filigrana muchos de los debates teóricos y académicos subyacentes a las ciencias humanas. Así, algunos estudiosos la definen simplemente como la *investigación de las imágenes mentales* (Siebenmann, 2004: 339), mientras otros circunscriben algo más el objeto y hablan del estudio de las *imágenes culturales* que los pueblos tienen de sí mismos y de los demás (en breve, la visión de *lo extranjero* y su relación con *lo nativo*) (Ceserani, 1998: 10-11), haciendo hincapié no sólo en la heteroimagen sino también en la autoimagen y en las relaciones entre ambas. Otros son aún más explícitos, al hablar del *estudio de las imágenes, de los prejuicios, de los clichés, de los estereotipos y, en general, de las opiniones sobre otros pueblos y culturas que la literatura transmite*, y cuyo objetivo sería *revelar el valor ideológico y político que puedan tener ciertos aspectos de una obra literaria* (Moll, 2002: 349). Una cuarta definición parte también de la Literatura Comparada, pero propone como objeto el análisis de *tous les discours sur l'Autre (littéraires ou non)*, lo cual abre no poco el arco de la disciplina y la transforma en *une partie de cette histoire "totale" chère aux nouveaux historiens* (Pageaux, 1989: 160). Por último, una de las corrientes hegemónicas actuales ve en la imagología (también denominada *Image Studies*) una disciplina *which deals with the discursive and literary articulation of cultural difference and of national identity* (Leerssen, 2000: 268-269)<sup>9</sup>.

Así pues, imágenes, estereotipos, representaciones, grupos étnicos e identidades nacionales han sido y son el centro de los estudios imagológicos, a pesar de que el desarrollo de la disciplina haya pasado por diferentes fases y paradigmas. Si sus raíces se hunden en el positivismo factualista decimonónico (con atención exclusiva a los *rapports de fait*) y en la denominada *Stoffgeschichte*, muy influenciada por la noción de carácter nacional<sup>10</sup>, en los años 70-80 los

<sup>9</sup> Esta perspectiva está ligada a los proyectos institucionales centrados en la *uropeidad* como *Heimat*, comunidad posnacional y multicultural. A ello respondió la creación en 1992, en la Universidad de Ámsterdam, del departamento de *Europese Studies*, en el que la imagología se mezcla con la pedagogía, el derecho comunitario o los estudios sobre la nación con el fin de dar un apoyo académico a la integración europea. Fruto de esta iniciativa es el anuario *Yearbook of European Studies. Annuaire d'Études Européennes*, que ha dedicado algunos números a las cuestiones imagológicas e identitarias (Leerssen-Spiering, 1991; Spiering, 1999. Véase también Corbey-Leerssen, 1991).

<sup>10</sup> De hecho, los estudios imagológicos, sobre todo en esta primera fase, fueron acusados desde diferentes flancos y en repetidas ocasiones de sociologismo y de etnopsicologismo de base nacionalista. Para los términos de

métodos intrínsecos y la historia de las mentalidades protagonizaron el resurgir de la disciplina, mientras acercamientos como los estudios interculturales, el poscolonialismo y los recientes trabajos sobre la nación dominan hoy día los acercamientos imagológicos, rebautizados incluso como *interculturales* (Moll, 2002). Estas diferentes declinaciones han llevado sin duda aparejados deslizamientos teóricos y metodológicos de gran importancia, que podemos resumir en dos aspectos: la transición desde un esencialismo connivente con la etnopsicología defendida por el nacionalismo primigenio hacia un constructivismo en línea con las teorías modernistas sobre la nación, así como el paso de un empleo casi exclusivo de fuentes literarias<sup>11</sup> a una ampliación de los objetos imagotípicos susceptibles de ser estudiados. De esta forma, el componente interdisciplinar de la imagología se ha acentuado notablemente, haciéndola confluir con otros estudios centrados en la opinión pública, la historia intelectual y otras disciplinas interesadas en el imaginario colectivo. Como consecuencia de ello, se ha pasado de un puro recuento y descripción de elementos imagotípicos presentes en los textos literarios a un ingente esfuerzo teórico en torno al funcionamiento de la pareja autoimagen/heteroimagen y a las posibles invariantes observables en diferentes contextos nacionales o transnacionales.

En otras palabras, al irrenunciable carácter histórico de la disciplina, se le ha sumado, a partir de los años 70-80, un esfuerzo teórico considerable, encaminado sobre todo a la definición de conceptos como los de imagen, estereotipo, imagotipo, imagema, etc. Dicho esfuerzo ha acercado necesariamente la imagología a otras disciplinas o campos de investigación como la antropología, la sociología, la historia sociocultural, la historia de las ideas, los *Cultural Studies* o los ya mencionados estudios sobre la nación. Si, como parece evidente, *the discursive fabric of nationality constructs was not [...] extraneous to literary praxis or literary art* (Leerssen, 2000: 270), el estudio de las diferentes representaciones identitarias literarias y artísticas parece una de las vías adecuadas para acceder a la conformación de los diferentes imaginarios nacionales. Por otra parte, la confluencia de los estudios imagológicos con la historia sociocultural y los estudios sobre la nación hace necesaria la aplicación de los instrumentos teóricos de los primeros no sólo a los textos ficcionales sino también a todo tipo de prácticas ligadas a las representaciones colectivas. De ahí la enorme dificultad a la hora de articular los resultados de investigaciones tan dispares y la ingente mole de las fuentes dignas de estudio, como puede verse en algunas propuestas recientes. Así, Gustav Siebenmann enumera, entre los textos *portadores de imágenes* potencialmente objeto de análisis, los textos publicitarios, todo tipo de impresos políticos y culturales (la llamada *literatura gris*), la prensa periódica, los manuales de enseñanza (historia, geografía...), los libros científicos, los epistolarios de emigrantes, los libros de viaje, los géneros humorísticos (chistes, parodias...) centrados en ciertos pueblos o regiones geográficas, etc. (Siebenmann, 2004: 346-347). Como era de esperar, los estudios sobre la imagen de España no se sustraen a semejante diversificación.

Ante la imposibilidad individual de manejar tan heteróclito corpus, los investigadores suelen centrarse en un aspecto concreto, ya sea la tipología textual, los contenidos de la "imagen", el período tomado en consideración, el estudio de un autor en concreto o varios de esos factores entrelazados. En este orden de cosas, es útil constatar el peso de la tradición imagológica de base "literaria" e histórica, que se traduce, en el plano de la tipología textual, en una especial atención por los libros de viajes<sup>12</sup> y, en el plano de los contenidos imagotípicos, en el predo-

la discusión, véase Ceserani (1998: 11-12), Guillén (1998: 336), Leerssen (2000: 269-270), Moll (2002: 354-356), Moura (1992: 271-272) y Pageaux (1989: 133-134).

<sup>11</sup> Así, el comparatista español Claudio Guillén sigue subrayando la separación entre la "escritura" literaria y la esfera socioeconómica o política y haciendo hincapié en lo individual frente a lo colectivo (Guillén, 1998: 344).

<sup>12</sup> Son significativas, en este ámbito, las múltiples aportaciones ligadas a la iniciativa político-editorial de las diferentes comunidades autónomas, con numerosos trabajos dedicados a la "imagen" de esas mismas comunidades

minio de las imágenes asociadas a la "leyenda negra", la "leyenda rosa" (la llamada "España de charanga y pandereta") y la Guerra Civil de 1936, con algunas incursiones en la proyección imagotípica de la transición democrática. En ambos casos, destacan los acercamientos a los aspectos colectivos y sociales del imaginario más que a la reelaboración personal de los mismos por parte de escritores o personajes históricos aislados.

A caballo entre literatura y opinión pública, una de las cuestiones que ha recibido y sigue recibiendo sin duda mayor atención es la de la "leyenda negra". Prueba de ello es la reedición, en 1997, de uno de los libros seminales sobre el tema, tanto que debemos al mismo el marbete "leyenda negra". Nos referimos a *La leyenda negra y la verdad histórica* (1914), de Julián Juderías, que se inserta (y casi inaugura su versión contemporánea) en el exitoso género *España defendida*, muy en boga en los últimos tiempos<sup>13</sup>. Algo parecido puede decirse de la traducción del clásico ensayo de Philip W. Powell, *Tree of Hate. Propaganda and Prejudices Affecting United States Relations With the Hispanic World* (1971), aparecida en 1991 y cuya portada deja ya claro en el plano paratextual las miras apoloéticas de dicha iniciativa editorial, con una ilustración de Isabel la Católica, un blasón en forma de águila imperial y la siguiente leyenda: *la mejor defensa de España y de la hispanidad escrita por un historiador extranjero moderno*. Muy diferente, por el rigor en la recolección y el tratamiento descriptivo de los materiales, es el trabajo dedicado a la leyenda negra en la opinión pública culta en Europa y América por el historiador Ricardo García Cárcel, quien niega la mayor, considerando inexistente el carácter sistemático y unánime de la crítica hacia España e insertando la heteroimagen española (en su doble y especular versión negra y rosa) en el escenario de *las guerras de opinión que se establecen entre los distintos protagonistas de la escena histórica mundial* (García Cárcel, 1992: 16). Guerras simbólicas que ayudarían a explicar esa evolución de la heteroimagen hispana en sus diferentes plasmaciones político-religiosas, antropológicas y tópico-folclorizantes. Las consecuencias del carácter hegemónico del imperio español en términos imagotípicos han sido analizadas también por otros autores. Así, Heinz Schilling enumera una serie de ámbitos en la composición de dicha imagen negativa (desde lo militar a lo político o confesional) (Schilling, 2002), mientras Carlos Gómez-Centurión trata de descifrar la imagen negativa de España durante los siglos XVI-XVII, subrayando la influencia de esa heteroimagen (relacionada con la monarquía de los Austrias), en la posterior autoimagen e identidad de los españoles (Gómez-Centurión, 1995)<sup>14</sup>.

Una de las consecuencias de la atención preponderante concedida a los siglos XV-XVII (los de la formación y la hegemonía del imperio hispánico) en los estudios sobre la "imagen de España" es el establecimiento implícito de una continuidad ontológica entre la fase pre-nacional y la fase nacional y la ausencia de una reflexión acerca de las complejas relaciones

en la literatura de viajes, generalmente a partir de los siglos XVIII-XIX (*cf.* al respecto la bibliografía de Núñez Florencio, 2001: 312-337). Se observa así un proceso de diversificación de la heteroimagen en buena medida basado en motivos ligados a la gestión y conformación de la propia autoimagen, en el seno de la indudable "fragmentación" historiográfica subsiguiente al establecimiento de la democracia y que supuso, a partir de los años 70, la superación de *la visión holista del conjunto hispánico* (Beramendi, 1992: 139).

<sup>13</sup> Se trata de un género de larga prosapia, especialmente cultivado por intelectuales ligados al liberalismo, en sus diferentes versiones progresistas y conservadoras. Dos buenos ejemplos de ello son las ya clásicas contribuciones de Francisco Ayala (1986) y de Julián Marías (2000), ambas en forma de antología de escritos dispersos aunados por su temática común, relativa a la identidad y la imagen de España.

<sup>14</sup> Por su parte, Peer Schmidt ha dedicado un trabajo monográfico (*Spanische Universalmonarchie oder "teutsche Libertet". Das Spanische Imperium in der Propaganda des Dreissigjährigen Krieges*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2001) a la imagen de la propaganda hispana y su imperio en ciertos medios de propaganda de habla alemana (pasquines, folletos, pliegos sueltos...) durante la Guerra de los Treinta Años (*apud* López de Abiada, 2004: 37-39).

entre ambas, fundamentales para una historia de las representaciones colectivas y de las identidades nacionales. No olvidemos que precisamente en los siglos XVI-XVII se asistió a la emergencia en Europa de toda una serie de estereotipos colectivos prenacionales, con la consiguiente difusión de los contenidos de la Leyenda Negra en el ámbito europeo, lo que ayudó a *adscribir a todos los súbditos de la Monarquía española un conjunto de caracterizaciones psicobiológicas* basadas en esos mismos estereotipos (Núñez Seixas, 1997: 494), una idea defendida también con vehemencia por Sisinio Pérez Garzón quien, al hilo del carácter anacrónico e inmutable del concepto de *España* defendido por el nacionalismo español y plasmado en muchos trabajos historiográficos, subraya la discontinuidad y afirma que *se está falseando la realidad histórica al catalogar como nación española todo lo que no eran sino posesiones de una familia* y que *se está dando carta de nacionalidad española a cuanto aconteció entre estas fronteras desde la prehistoria hasta hoy* (Pérez Garzón, 2001: 8). Una posición más matizada es la de aquellos que consideran un lugar común ubicar exclusivamente a finales del siglo XIX la idea comunitaria de España y abogan por intensificar el estudio de la historiografía peninsular. Esta posición, sin negar la imposibilidad de hablar de nacionalismo antes del siglo XIX, hace hincapié en la importancia de elementos provenientes de la Época Moderna en las construcciones identitarias europeas que cristalizarán, como la española, en el período decimonónico (Wulff, 2003: 10). Sea como fuere, esta posición *continuista* es sin duda un legado de la tradición historiográfica e imagológica de cuño positivista, muy apegada a las naciones-estado hegemónicas y sus vulgatas nacionales (piénsese en la poderosa escuela francesa de imagología) y que tuvo su edad de oro a caballo entre los siglos XIX y XX y al menos hasta mediados de este último siglo.

Esta *continuidad apromblemática*, caracterizada muchas veces por su incomunicación respecto a los estudios sobre naciones y nacionalismos, puede apreciarse en diferentes trabajos colectivos (en muchos casos, de gran calidad) que ensayan una visión cronológica de largo alcance. Así, Mercè Boixareu y Robin Lefere, al concluir su ambicioso e interesante proyecto de una visión cronológica de la historia española en la literatura francesa, enumeran entre las dificultades de método encontradas la ausencia de un concepto de España monolítico: si lo que predomina en ciertos momentos es una identificación España-Castilla, señalan (quizá, se podría añadir, porque España en esos momentos era un concepto más geográfico y ligado a lealtades monárquico-religiosas que nacional), el Romanticismo beberá más bien del filón arábigo-andaluz, con lo que *la visión se diversifica y los estereotipos que se generan pueden variar, según se trate de los distintos pueblos de la Península* (Boixareu-Lefere, 2002: 833). Esta observación relativa a la aparente *continuidad apromblemática* de la identidad nacional podría hacerse también con respecto a las instancias generadoras de la heteroimagen hispana, esas mismas naciones (resultado de una historia complicada y, en ciertos casos, objeto de recientes fundaciones) cuya identidad secular es refrendada tácitamente por trabajos como los que analizan las visiones mutuas entre España y Alemania en los últimos quinientos años (Vega Cernuda-Wegener, 2002) o la imagen de España en diferentes literaturas y culturas europeas entre los siglos XVI y XVII, incluyendo las aportaciones de Inglaterra, Alemania, Polonia, Francia o Italia (López de Abiada-López Bernasocchi, 2004).

En favor de esta perspectiva, en cierta medida anacrónica, habla la propia persistencia de los imatopos de base *nacional* y étnica, su capacidad de sobrevivir y de entrelazarse con las vicisitudes políticas, más propias de las duraciones cortas (en cuya órbita habría que enmarcar el surgimiento de las naciones y los nacionalismos). Un buen ejemplo de esta persistencia imatopípica puede hallarse en la imagen de España construida y manejada a través de la historiografía y de la enseñanza de la historia española en otros países, como testimonian el análisis de Alain Choppin para el caso francés en los niveles de primaria y secundaria (Choppin, 2002) y las diversas contribuciones relativas a la enseñanza de la historia y la

historiografía portuguesa durante el siglo xx, especialmente en el período salazarista (De la Torre Gómez-Telo, 2002). Así pues, si aceptamos que las evoluciones del imaginario basado en estereotipos étnico-nacionales se sitúan, como parece, más bien en el plano de la *larga duración* (Pageaux, 2002: 37), los estudios sobre la formación y el desarrollo de las "imágenes nacionales" se revelan un campo imprescindible para analizar hasta qué punto las autoimágenes y heteroimágenes manejadas por las diferentes colectividades en diferentes períodos históricos han confluído en los procesos de construcción simbólica de algunas naciones europeas (sobre todo, cuando éstas cuentan con una imagen *fuerte*), independientemente de su plasmación o no en Estados modernos y precisamente porque en dicha plasmación, fruto de una serie de procesos históricos de gran complejidad, tienen un papel no secundario las guerras simbólicas que subyacen a la conformación de las identidades nacionales, como demuestra, de forma inmejorable, el caso español.

Un buen ejemplo de ese papel esclarecedor de los estudios de base imagológica en su convergencia con los estudios sobre el nacionalismo, podemos hallarlo en dos trabajos salidos de la pluma de dos historiadores. En el primero de ellos, José Álvarez Junco proporciona una sucinta visión de los diferentes estereotipos que han fundamentado la imagen de España en el extranjero. Según el autor, la supuesta *anormalidad* de la historia española sería achacable a la versión oficial producida en los centros de poder (los Estados hegemónicos), consecuencia directa de una poderosa heteroimagen ante la que los colectivos periféricos (los elaboradores de la "imagen de España"), *incapaces de generar su propia explicación, aceptan la versión consagrada y se obsesionan con interpretarse a sí mismos en términos de "fracaso" o carencia de aquellos factores que explican la superioridad o el éxito de los poderosos* (Álvarez Junco, 1994: 2). En el segundo de los trabajos mencionados, centrado en lo que su autor denomina la *sobrevaloración simbólica de la Guerra Civil española* (Ucelay da Cal, 1990: 23), Enrique Ucelay da Cal sostiene que la proyección de la Guerra Civil elaborada por el imaginario occidental halla su origen en una serie de *ideas preconcebidas y estereotipos heredados culturalmente (ibídem)*, una afirmación que casa bien con el carácter longevo y proteico de los mecanismos imagotípicos respecto a las duraciones breves de la historia político-institucional. Así, tras calificar el conflicto español como un escenario de segundo orden en el plano político internacional, Ucelay se centra en su importancia ideológica, identificando dos patrones básicos de interpretación del mismo, denominados respectivamente el *humanista laico* y el *tradicionalista católico*. Tras haber rastreado los lejanos orígenes de ambas posiciones, sus raíces culturales, el autor puede referirse al *dorso de la solidaridad*, en referencia a las posiciones internacionales alineadas a favor o en contra de ambos contendientes. Frente a quienes dan por supuesta la existencia pacífica de dicho valor solidario, Ucelay subraya que en los procesos solidarios sustanciales (no los puramente verbales o morales) la realidad de quien recibe la solidaridad es menos importante que los intereses de quienes la expresan, por lo que las formulaciones contemporáneas de dicha solidaridad, en lo que atañe a la Guerra Civil, reposarían en *legitimaciones profundas enraizadas en el pasado [...] razones imaginarias que sustituyen el conocimiento real* (Ucelay da Cal, 1990: 40)<sup>15</sup>. En otras palabras, nos hallaríamos ante uno de los muchos nombres de la ideología, en un proceso aplicable, por lo demás, no sólo a la esfera de la heteroimagen sino también de la autoimagen, como demuestra el uso, por parte de ambos bandos, de estereotipos e imágenes con una larga tradición. Así, a título de ejemplo, podemos apuntar la alusión a la Guerra de la Independencia, el establecimiento

<sup>15</sup> A conclusiones parecidas llega Román Gubern en lo relativo a la imagen de España transmitida por el cine extranjero, con el predominio de un prejuicio tardorromántico que presenta una España *reserva paisajista preindustrial y reserva pasional*. Una visión mítica donde, como era de esperar, *lo emocional prima sobre lo racional y lo tradicional sobre lo moderno* (Gubern, 1996: 74).

de un *paralelismo entre 1808 y 1936* (Núñez Seixas, 1997: 525), hito simbólico en la creación del imaginario nacionalista español.

Queda así por dilucidar, en la línea de lo apuntado por Álvarez Junco, hasta qué punto la heteroimagen ayuda a modelar la autoimagen nacional y, sobre todo, cómo la reflexión en torno a la primera puede ser una vía utilizada por instituciones, publicistas e investigadores para actuar sobre la segunda. A este respecto, puede revelarse útil referirse a la reciente contribución de Rafael Núñez Florencio, quien, sirviéndose de la literatura de viajes (uno de los accesos clásicos a las cuestiones imagológicas), ha analizado la imagen de España en el extranjero desde el segundo tercio del siglo XVIII hasta el día de hoy, si bien el grueso de sus consideraciones se centra en el siglo XIX. Esta insistencia en el período decimonónico, como puede deducirse, vuelve a llevarnos a las discusiones sobre la nación suscitadas por los estudios *modernistas* de Gellner, Anderson o Hobsbawm. Por su parte, la investigación histórica de Núñez Florencio, que sigue un orden cronológico y a la vez temático (trazando una lógica en la evolución moderna de la imagen de España), está flanqueada por dos capítulos de cariz más bien teórico. El primero de ellos se centra en la noción de *carácter nacional* (rechazada desde un punto de vista constructivista), mientras el otro se presenta como conclusión del trabajo y hace hincapié en el concepto de *normalización* de la imagen de España a partir de la transición hacia la democracia, insertándose de lleno en el debate acerca de la fallida nacionalización española y, de forma más solapada, en el actual proyecto de marketing *nacional* llevado a cabo por el Estado español. En efecto, según el autor, la excepcionalidad española sería un constructo elaborado durante los siglos XVIII-XIX por los países europeos hegemónicos industrializados, que impusieron el propio modelo como arquetipo y punto de comparación, un extremo éste ya apuntado antes. Resultado de dicha heteroimagen sería la interiorización de una autoimagen análoga, *una insatisfacción permanente, una conciencia de incapacidad para lo más obvio, es decir, para estar a la altura de nosotros mismos, de nuestra propia historia, que es en suma una historia brillante, de dominio y pujanza cultural, de creatividad artística, de extensión del idioma por medio mundo...* (Núñez Fulgencio, 2001: 293). En el fondo, la cuestión habría de plantearse, según el autor, en los términos de una *ineficacia del nacionalismo español a la hora de fraguar una imagen colectiva en la que se reconocieran todos los españoles* (*op. cit.*: 294).

Si esa afirmación, como veremos, se halla en la base de muchos de los estudios historiográficos centrados en la polémica *débil nacionalización* del siglo XIX, la referencia al *brillante* pasado español y la necesidad de generar una nueva *imagen* nacional nos llevan, a partir del ya mencionado género de la *España defendida*, hasta un ámbito bien diverso y que ha cobrado gran importancia en los últimos quince años: nos referimos a la denominada *diplomacia pública* o, en otros términos, *el propósito de influir en la opinión pública de otros países* (Barbería, 2006b: 19), una suerte de marketing estatal que, en el caso español, se entrelaza a todas luces con las cuestiones de la identidad nacional y del nacionalismo de Estado. No en vano, Núñez Florencio se refiere al cuarto de los pilares del estereotipo de lo español, la transición democrática posfranquista, como evento positivo *específicamente hispano y modélico en el escenario internacional* (Núñez Florencio, 2001: 300) y apela para ello a la autoridad del sociólogo Emilio Lamo de Espinosa, quien, además de haber insistido en repetidas ocasiones en las rentas simbólicas que podían recabarse de dicha transición política, es uno de los principales promotores del denominado proyecto *Marca-España*. Este autor, en diferentes contribuciones a partir de principios de los años 90 (más concretamente, a raíz de los fastos de mercadotecnia nacional llevados a cabo en 1992 en Sevilla y Barcelona), ha desarrollado una peculiar visión de las relaciones entre la identidad de España y la modernidad, llegando a identificar tres fases históricas que denomina respectivamente *la herida de la modernidad* (a partir de la Guerra de la Independencia), *la formalización del proyecto de reconstrucción*

*nacional* (entre la Generación del 98 y la de 1914) y el *cumplimiento* de dicho proyecto modernizador y normalizador a partir de la llegada de la democracia (entre 1975 y 1998). A estas tres fases, Lamo, cuya deuda orteguiana es patente, pretende añadir una cuarta, de tipo propositivo, que identifica con la *revisión de la conciencia de España y de nuestra propia historia para ajustarla a la nueva realidad, la normalización, ya no de la realidad de España sino de la de su imagen* (Lamo de Espinosa, 2001: 4). Una "revisión de la imagen" que no es ajena a la revisión de la identidad nacional y que se ha intentado llevar a cabo en una extraña mixtura de sociología, politología y marketing de Estado. El propio Lamo de Espinosa es autor de varias contribuciones en las que no sólo se presentan las conclusiones de diferentes estudios y encuestas de opinión acerca de la imagen de España en el extranjero (siempre poco halagüeñas en términos de balanzas de pagos), sino que se enuncia una teoría del estereotipo y un *uso astuto* del mismo, así como una precisa política de imagen nacional de cara a su recepción en el extranjero (Lamo de Espinosa, 1993 y 1996). En la misma línea se sitúa el informe de Javier Noya, investigador del Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos (dirigido a la sazón por el propio Lamo de Espinosa), publicado en 2002 y que resumía todo el bagaje teórico y práctico acumulado por el proyecto, desde las metodologías del estudio de la imagen hasta la evolución histórica de la misma (en lo que atañe al caso español), sin olvidar las industrias de la lengua, la política y el comercio internacionales y los aspectos relativos al *Made in Spain* (Noya, 2002).

Fruto de semejantes posiciones es el ya mencionado proyecto Marca-España, con la participación de entidades como el Foro de Marcas Renombradas, Directivos de Comunicación (Dircom), Turespaña, el Instituto Español de Comercio Exterior (I.C.E.X.), el Real Instituto Elcano o el Instituto Cervantes, entre otras, un intento de aplicación de lo que Peter van Ham ha denominado *the rise of brand state* (Lamo de Espinosa, 2003). Lo interesante, a efectos de nuestro discurso, es la confluencia de imagología, marketing y política de Estado subyacente a dicho proyecto, que parte de la conformación y manipulación consciente de la "imagen de España" en los países extranjeros como base para una mejora de la balanza comercial española en las traficadas autopistas de la globalización. No resulta extraño entonces leer que la economía es *el área que tal vez más se resienta de la persistencia de los estereotipos tradicionales* (Martí, 1994: 68), o encontrarse inmerso en la aséptica jerga mercadotécnica que habla de *activo-país* para referirse al *conjunto de fortalezas y debilidades vinculadas al país de origen que incorporan o sustraen el valor suministrado por una marca o servicio al fabricante y/o a sus clientes* o de efecto de "fertilización cruzada" para referirse al hecho de que *la buena imagen del país contribuye a la buena percepción de la marca y viceversa* (González Silvestre-Casilda Béjar, 2002: 102 y 105).

Una neutralidad a todas luces aparente, que se diluye cuando se constatan las dificultades de consensuar una política estatal de imagen unificada en un contexto como el actual, dominado en buena medida por conflictos simbólicos relativos a la(s) identidad(es) nacional(es). Así, en un dossier monográfico de *Información Comercial Española*, dedicado en 1993 a "La imagen exterior de España", Lamo de Espinosa abundaba en la delicada cuestión de quién y cómo habría de gestionar semejante política de imagen, refiriéndose a la participación de las Comunidades Autónomas como algo *inevitable en una democracia* e incluso positivo en cuanto factor de diversificación, eso sí, *siempre que se haga con una mínima coordinación de modo que los diversos mensajes se potencien entre ellos al igual que deben potenciarse las imágenes de marca-producto con la imagen de marca-país* (Lamo de Espinosa, 1993: 24). En ese mismo contexto, Josep-Francesc Valls era más explícito cuando afirmaba que *un país debe proceder a clarificar y vertebrar su imaginario* (Valls, 1993: 62). Ante lo que el autor denominaba como *una imagen troceada*, en alusión patente y despectiva a la pluralidad de imágenes nacionales oficiales (a veces en pugna evidente) en circulación, se abogaba por una *España oficial* y se

marcaba como objetivo prioritario *integrar mucho más a la monarquía en las operaciones de imagen de marca de Estado* (*ibídem*: 69). Este fervor aparentemente ecuménico y fuertemente centralizador ha alcanzado en ocasiones cotas de esperpento y de teratología política, como cuando, en aras de la *clausura de las dos Españas* se llegó a definir al Partido Popular como *socialismo de centro/derecha o "tercera vía"* (Lamo de Espinosa, 2001: 15).

No obstante, las guerras simbólicas son más fáciles de planificar que de ganar, y algo no debe haber funcionado en la estrategia si, recientemente, José Luis Barbería ha dedicado tres artículos monográficos a la controvertida cuestión del *Made in Spain*. En efecto, de dichas contribuciones emerge una clara idea de fracaso en lo tocante al proyecto Marca-España, con el añadido de que los problemas y obstáculos reseñados coinciden con los ya enumerados a lo largo de estos casi quince años: así, a la dificultad a la hora de proyectar una imagen externa convincente a efectos comerciales y no lastrada por los estereotipos del pasado, se siguen sumando los roces con algunas administraciones autonómicas, que hacen la guerra (simbólica) por su cuenta, desmarcándose de la etiqueta "la imagen de España" y proyectando hacia el exterior representaciones antagónicas respecto a la misma. Por si fuera poco, en un mundo dominado por la industria de la cultura y el ocio, no deja de abrirse paso la conciencia de que en zonas enteras del planeta-mercado *la marca Real Madrid o F.C. Barcelona preceden a la idea misma de España* (Barbería, 2006b: 19), lo que explicaría la ansiedad de las diferentes administraciones por hacerse con esos *activos*, asociándolos a su propia marca. No es casual, entonces, que Barbería acabe el último de los artículos conectando las dimensiones externa e interna del problema imagotípico e identitario y afirmando que encarar con éxito la cuestión de la imagen de España, en su vertiente *país* y en su vertiente *marca* podría ayudar a que desaparezcan *algunos de los viejos complejos y que, en la misma medida, se contribuya a reforzar la propia cohesión interna de España* (Barbería, 2006c: 21). Como decir que el futuro de la identidad nacional (española o cualquier otra) se ha de jugar más en el plano del marketing, parte de ese *nacionalismo banal* al que alude Michael Billig, que en el de la educación o la conciencia ciudadana. A nuestro juicio, si se quieren comprender las verdaderas raíces del fracaso de la Marca-España, sería más enriquecedor (y, qué duda cabe, quizá igual de poco efectivo) buscar ciertas respuestas en la historia de las construcciones simbólicas del nacionalismo español antes que en el léxico esterilizado de la mercadotecnia política.

## 2.2. LA IMAGEN DE ESPAÑA. PERSPECTIVAS HISTORIOGRÁFICAS

Si en el párrafo precedente hemos partido de un enfoque imagológico, más bien centrado en la heteroimagen, para acabar desembocando en la cuestión especular de la autoimagen, indisolublemente ligada a la anterior, en este caso aludiremos brevemente al reciente interés por el nacionalismo español como objeto de estudio (sobre todo en su vertiente *imaginaria*) y a las guerras simbólicas que han presidido el surgimiento y evolución de ese interés. Hace algunos años, coincidiendo con el cambio de centuria, Carlos Dardé, refiriéndose a la *idea* de España en la historiografía del siglo xx, esbozaba un proceso evolutivo en tres fases: la primera mitad del siglo (1898-1950) habría estado dominada por el positivismo y el historicismo y marcada por la reflexión en torno a la decadencia y *la singularidad esencial de España*, como mostrarían los debates idealistas y herderianos desde Menéndez Pelayo y Joaquín Costa hasta Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz; entre 1950 y 1975 se habrían adoptado y adaptado los principios de la *nouvelle histoire*, sustituyendo una España metafísicamente singular por una España excepcional en el seno de las naciones europeas debido al *fracaso de su trayectoria* modernizadora en los últimos doscientos años; por último, a partir de 1975, de la mano de la

transición democrática, se habría abierto paso la conciencia de la *normalidad* española, visible en su exitoso proceso de modernización, mientras, por otra parte, habría empezado a plantearse con fuerza *el problema de la identidad nacional* (Dardé Morales, 1999: 8). En realidad, los dos aspectos señalados por Dardé como rasgos propios de la historiografía acerca de España a partir de 1975 están imbricados, si bien mantienen una relación de oposición. En efecto, a la negación del fracaso como rasgo intrínseco de la España contemporánea (que dejaría así de plantearse como *problema* o como drama), con los posibles usos de dicha negación por parte de un desprestigiado españolismo en busca de nuevas legitimaciones a partir de los años 70-80, autores como Borja de Riquer opusieron la teoría de la *débil nacionalización*, estrechamente relacionada con el debate identitario y con el renovado interés por el nacionalismo español en cuanto objeto de estudio<sup>16</sup>. A este respecto, sigue siendo de gran utilidad la sistematización llevada a cabo hace algo más de una década por Justo G. Beramendi, que abogaba entonces por la superación del *pragmatismo nacionalista* y de la dualidad entre una *historia nacionalista de la nación* y una *historia del nacionalismo* (esta última encargada de enfocar el fenómeno nacionalista tanto en sus aspectos intrínsecos como relacionales). Por otra parte, Beramendi constataba la escasez de estudios sobre el nacionalismo español (frente a la mayor riqueza de los relativos a los otros nacionalismos no estatales) y la necesidad de invertir la situación si se quería arrojar luz sobre el conjunto de la cuestión nacional en España (incluyendo el resto de identidades nacionales). Una de las grandes dificultades añadidas era, a juicio del autor, *el efecto inhibitor del propio españolismo subyacente* (Beramendi, 1992: 153), un aspecto éste que seguía siendo subrayado también, años más tarde, por Xosé Manuel Núñez Seixas, al afirmar que *el nacionalismo español no siempre actúa políticamente como tal, ya que dispone de un reconocimiento institucional (un Estado con existencia y tradición ya desde la Edad Moderna)* (Núñez Seixas, 1997: 486)<sup>17</sup>. Algunas cosas parecen haber cambiado hoy día, ya que, mientras el nacionalismo español se ha rearmado durante la última década en todas sus versiones (encubiertas y explícitas, progresistas y conservadoras)<sup>18</sup>, la propia teoría de la *débil nacionalización* ha sido acusada recientemente de *resabio presentista* y de tener como verdadero y único objetivo *explicar el origen de la identidad nacional catalana* (Molina Aparicio, 2005: 155). La complejidad del problema emerge con claridad cuando vemos que desde la propia historiografía catalana de tintes esencialistas se ha criticado también dicha teoría, que, como ha sido señalado, al ligar el surgimiento del nacionalismo catalán al fracaso de la nacionalización *española*, tiende implícitamente a negar la existencia de una nación o

<sup>16</sup> Para una sucinta descripción de los supuestos de dicha teoría y de las críticas a que ha sido sometida, aspectos que excederían el aliento de estas páginas, véase Núñez Seixas (1997: 501-511). Este autor la considera válida en cuanto hipótesis de partida sujeta a eventuales revisiones sobre la base de investigaciones empíricas. Intentos de negación y superación pueden hallarse en Martínez Gallego (2000) y Molina Aparicio (2005). José Álvarez Junco (2001a y 2001b) mantiene una posición intermedia. Una aceptación tácita de dicha teoría, pero con una interpretación opuesta y polemizadora, de sesgo españolista (aunque teóricamente *antinacionalista*), en Fusi (2000).

<sup>17</sup> Por su parte, Álvarez Junco anota con razón que la excesiva atención prestada a los nacionalismos "periféricos" por parte de cierta historiografía y la negación a mencionar siquiera nada relativo a España podría revelarse contraproducente, *naturalizando* de hecho al nacionalismo español, por lo que considera urgente *centrar la atención en España, situar esa construcción político-cultural en la historia y, de esta manera, relativizarla* (Álvarez Junco, 2001b: 20).

<sup>18</sup> Algunas muestras significativas de dicho rearme españolista en el plano de la identidad nacional pueden verse en el campo de la divulgación histórica (Fusi, 2000), en el de la historiografía académica estatal (VV.AA., 2000) o en el del cruce entre historiografía y propaganda política (Lassalle, 2003). En este último ámbito, y como ejemplo de esencialismo y pragmatismo nacionalista, son innumerables y crecientes desde hace una década las contribuciones de publicistas y pseudohistoriadores como Pío Moa, César Vidal y otros, buenos ejemplos del arrear de los conflictos simbólicos de base nacionalista.

protonación catalana anterior al surgimiento del nacionalismo catalanista propiamente dicho (Núñez Seixas, 1997: 508-509). Como vemos, en el terreno de las guerras simbólicas no es tan fácil distinguir a primera vista entre la historia nacionalista de la nación (cualquiera que sea ésta) y la historia del nacionalismo.

Prueba de la importancia del envite simbólico al que nos estamos refiriendo y buen ejemplo de las múltiples implicaciones y facetas presentes en los estudios sobre la "imagen de España" (que nos llevarían de nuevo a la *lista identitaria* de la que hablaba Anne-Marie Thiesse) es el gran interés suscitado en los últimos años por la historiografía como práctica crucial a la hora de conformar y difundir los imaginarios nacionales (ya sea a través de las instituciones educativas o por otros medios). En dicho ámbito, y con posiciones muy diversificadas que van de la descripción a la apología o el afán militante y desmitificador, destacan sin lugar a dudas los análisis de la historiografía decimonónica, en sus versiones liberales y reaccionarias (Álvarez Junco, 1996, 1998 y 2001b; Coenen, 1999; Fox, 1995; Pérez Garzón, 2001), sin olvidar tampoco el período prenatal, en la estela de los análisis pioneros de José Antonio Maravall (Ladero Quesada, 1994; Wulff, 2003), y el uso *nacional* de la historia en el ámbito académico y educativo por parte del Estado español y de los diferentes gobiernos autonómicos (Pérez Garzón, 2000).

Otro de los ámbitos en los que la historiografía del nacionalismo español ha confluído de forma muy proficua con los estudios de base imagológica sobre la "imagen de España" es el de los procesos de construcción simbólica de la identidad española. En la mayoría de los casos, este tipo de trabajos se insertan en el debate acerca del carácter, las modalidades y la capacidad de penetración del nacionalismo español durante el siglo XIX y están directa o indirectamente relacionados con la discusión en torno a la real o presunta *débil nacionalización*. A la perspectiva que estudia los mecanismos y estrategias de la *nation-building* desde el punto de vista político-institucional, se añade así la de aquellos que hacen hincapié en *el plano psicológico y cultural que enmarca el contenido político de la nación*, identificando el nacionalismo con *el proceso de construcción de la identidad nacional* (Molina Aparicio, 2005: 148-149). Así, Francesc-Andreu Martínez, al hilo de la construcción nacional decimonónica en el ámbito español, distingue una *nación objetiva*, relacionada con los límites geopolíticos del Estado, la legislación o la unificación de mercados, y una *nación subjetiva*, entendida como *construcción simbólica de un estado-nación, España, que se ha constituido en la realidad histórica con la revolución burguesa (1834-43), pero que ahora requiere proyectarse en sus resultados sobre su ciudadanía* (Martínez Gallego, 2000: 140). A medio camino entre José María Jover y Eric Hobsbawm, Martínez Gallego trata de rastrear en algunos géneros literarios e iconográficos populares (almanaques, novela por entregas, pliegos sueltos, teatro, revistas ilustradas...) <sup>19</sup> la plasmación simbólica de ese nacionalismo *subjetivo*, centrándose en la acción propagandística belicista de mediados del siglo XIX ligada a la Unión Liberal y haciendo hincapié en la importancia de la precisión cronológica, para negar de esta forma la validez del modelo de la *débil nacionalización* cuando se aplica en bloque al siglo XIX, sin mayores distinguos. En la misma línea de confluencia entre la historia social y la historia cultural de las representaciones se sitúa el sugestivo trabajo de Carlos Serrano dedicado a algunos procesos de simbolización identitaria como son la política onomástica, los símbolos nacionales (him-

<sup>19</sup> La necesaria y rentable confluencia entre los estudios *literarios* y los relativos a la nación y el nacionalismo puede apreciarse en algunas contribuciones recientes. Así, Mario Onaindía (2002) ha rastreado en el teatro ilustrado español la presencia de los debates culturales y políticos que están en la base del surgimiento de lo que denomina, respectivamente, republicanismo y nacionalismo. Por su parte, Iolanda Ogando (2004), centrándose en un sistema emergente, el caso nacional gallego de los siglos XIX y XX, ha estudiado la importancia del teatro histórico como elemento fundamental en los procesos imaginarios de *nation-building*.

nos y banderas, géneros musicales populares, fiestas nacionales...) o el culto patriótico a los muertos. En otras palabras, los *mecanismos mentales* subyacentes a la identidad nacional, no ya en sus aspectos puramente materiales (la mencionada *nación objetiva*) sino a través de *la materialidad de sus discursos simbólicos* (Serrano, 1999: 11). Buena prueba del auge de este tipo de acercamientos es el número monográfico dedicado en 2001 por la revista levantina *Historia Social* a "La construcción imaginaria de las comunidades nacionales". En dicho volumen, y en lo tocante al nacionalismo español, destacan las contribuciones de Sisinio Pérez Garzón (centrada en el discurso historiográfico) y, sobre todo, la de José Álvarez Junco, que, en la senda de otros trabajos suyos igualmente significativos y ya mencionados, parte de los aspectos objetivos de la nacionalización para desembocar en su construcción imaginaria y simbólica, haciendo hincapié en el mucho camino aún por recorrer en este campo de estudios. Ese mismo año, el autor dio forma unitaria a sus diferentes contribuciones en el volumen *Mater dolorosa*, en el que es, a nuestro juicio, el mejor panorama de conjunto de la "idea" decimonónica de España (Álvarez Junco, 2001a y 2001b).

Todos estos esfuerzos investigadores muestran a las claras la importancia y la complejidad de los aspectos simbólicos en el desarrollo y la construcción de las modernas comunidades nacionales, así como la necesidad de prestar atención a los imaginarios nacionalistas y a los procesos de *comunicación social* por medio de los cuales se lleva a cabo la *cotidianización del patriotismo* (Molina Aparicio, 2005: 150), más allá de la naturaleza literaria, iconográfica o de otro tipo de los soportes utilizados en dicha difusión. Una necesidad que redundaría en el carácter interdisciplinar de los instrumentos de análisis y de los enfoques adoptados, legitimado por la importancia y consustancialidad del fenómeno nacional en la gestación y definición de las sociedades contemporáneas. En el futuro, además de proseguir investigando en los filones ya abiertos, sería conveniente tratar de sistematizar, o al menos poner en contacto, los resultados dispersos de los acercamientos imagológicos e historiográficos, con el fin de delimitar con mayor nitidez los borrosos confines de los estudios sobre la "imagen de España". A este respecto, y a modo de conclusión, convendría recordar que tanto la sospechosa ausencia de las cuestiones de la nación y del nacionalismo en muchos de los estudios de cariz imagológico como las discusiones y desencuentros en sede historiográfica acerca de la naturaleza, términos y modalidades de la formación de dichos imaginarios identitarios, forman parte a su vez de las guerras simbólicas encaminadas a garantizar el establecimiento de una imagen legítima del mundo social. Y si es verdad que no podemos sustraernos totalmente al campo de batalla, tratemos al menos de no convertirnos en meros *maquilladores del pasado al servicio de proyectos políticos actuales* (Álvarez Junco, 1996: 18).

## BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ JUNCO, J.

- (1994): "España: el peso del estereotipo", *Claves de Razón Práctica*, 48, pp. 2-10.
- (1996): "La invención de la guerra de la independencia", *Claves de razón práctica*, 67, pp. 10-19.
- (1998): "O proceso de construcción nacional na España do século XIX", *Grial*, n.º 138, *O nacionalismo Hoxe*, tomo XXXVI, pp. 261-278.
- (2001a): *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- (2001b): "El nacionalismo español: las insuficiencias en la acción estatal", en VV.AA., pp. 29-51.

ANDERSON, B.

(1991): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso.

AYALA, F.

(1986): *La imagen de España*, Madrid, Alianza.

BARBERÍA, J. L.

(2006a): "Made in Spain 1. El valor de la 'marca' España", *El país*, 19 de junio, pp. 18-19.

(2006b): "Made in Spain 2. El final del espejismo", *El país*, 20 de junio, pp. 18-19.

(2006c): "Made in Spain 3. Superar el 'Spain is different'", *El país*, 21 de junio, pp. 20-21.

BELLER, M.

(2004): "La unidad del género humano y la pluralidad de los pueblos a la luz y desde la perspectiva de la teoría del clima", en J. M. López de Abiada y A. López Bernasocchi (eds.), pp. 75-91.

BERAMENDI, J. G.

(1992): "La historiografía de los nacionalismos en España", *Historia Contemporánea*, 7, 1992, pp. 135-154.

BOIXAREU, M. y LEFERE, R.

(2002): "Conclusiones: temas, funciones, imágenes", en M. Boixareu y R. Lefere (eds.), pp. 833-850.

BOIXAREU, M. y LEFERE, R. (eds.)

(2002): *La Historia de España en la literatura francesa. Una fascinación*, Madrid, Castalia.

BOURDIEU, P.

(1977): "Sur le pouvoir symbolique", *Annales*, 32/3, pp. 405-411 (ahora en Bourdieu, P., 2001, pp. 201-211).

(1982a): "L'identité et la représentation", en *Ce que parler veut dire*, París, Fayard, pp. 135-148 (ahora en Bourdieu, P., 2001, pp. 281-292).

(1982b): "La rhétorique de la scientificité. contribution à une analyse de l'effet Montesquieu", en *Ce que parler veut dire*, París, Fayard, pp. 227-239 (ahora en Bourdieu, P., 2001, pp. 331-342).

(2001): *Langage et pouvoir symbolique*, París, Seuil, 2001.

BURKE, P.

(1993): "La nueva historia socio-cultural", *Historia Social*, n.º 17, pp. 105-114.

CARO BAROJA, J.

(1986): "Tópico literario y caracterización antropológica: Caracteres nacionales", *Revista de Occidente*, n.º 56, pp. 91-103.

CESERANI, R.

(1998): *Lo straniero*, Roma-Bari.

CHARTIER, R.

(1992): *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa.

(1993a): "De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social", *Historia Social*, n.º 17, pp. 97-103.

(1993b): "Las líneas de la historia social", *Historia Social*, n.º 17, pp. 155-157.

- CHOPPIN, A.  
(2002): "La Historia de España en los manuales escolares", en M. Boixareu y R. Lefere (eds.), pp. 27-35.
- CHRISTIN, O.  
(2004): "Comment se représente-t-on le monde social?", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n.º 154, *Représentation du monde social. Textes, images, cortèges*, pp. 3-9.
- COENEN, L.  
(1999): "M. Menéndez Pelayo: Literary History in the Context of a Religious Question", en M. Spering (ed.), pp. 173-183.
- CORBET, R. y LEERSSEN, J. T.  
(1991): *Alterity, Identity, Image. Selves and Others in Society and Scholarship*, Amsterdam, Rodopi.
- CORRAL, J. L.; GARCÍA HERRERO, C. y NAVARRO, G.  
(2006): *Taller de historia. El oficio que amamos*, Barcelona, Edhasa.
- DARDÉ MORALES, C.  
(1999): *La idea de España en la historiografía del siglo xx*, Santander, Universidad de Cantabria, 1999.
- DE LA TORRE GÓMEZ, H. y TELO, A. J.  
(2002): *La mirada del otro. Percepciones luso-españolas desde la historia*, Mérida, Editora Regional de Extremadura.
- DE MIGUEL, A.  
(1990): *Los españoles. Sociología de la vida cotidiana*, Madrid, Temas de Hoy (Bolsitemas, 1994).
- FARALDO, J. M.  
(2001): "Modernas e imaginadas. El nacionalismo como objeto de investigación histórica en las dos últimas décadas del siglo xx", *Hispania. Revista de Historia*, vol. LXI/3, septiembre-diciembre, pp. 933-963.
- FOX, E. I.  
(1995): "La invención del pueblo: Nacionalismo y cultura nacional en España (1868-1936)", *Sistema*, 129, pp. 25-40.
- FUSI, J. P.  
(2000): *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy.
- GARCÍA CÁRCEL, R.  
(1992): *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza (Madrid, Altaya, 1997).
- GÓMEZ-CENTURIÓN, C.  
(1995): "Bajo el signo de Sagitario. La visión europea del poder español (siglos xvi-xvii)", *Cuadernos de Historia Moderna*, 16, pp. 201-237.
- GONZÁLEZ SILVESTRE, E. y CASILDA BÉJAR, R.  
(2002): "La marca país como ventaja competitiva", *Información Comercial Española*, 799, pp. 101-113.
- GUBERN, R.  
(1999): "La imagen de España en el cine extranjero", *Claves de Razón Práctica*, 63, 1996, pp. 74-80.

GUILLÉN, C.

(1998): "Tristes tópicos: imágenes nacionales y escritura literaria", en *Múltiples moradas. Ensayo de literatura comparada*, Barcelona, Tusquets, pp. 336-367.

HOBBSAWM, E.

(1983a): "Introduction: Inventing Traditions", en E. Hobsbawn y T. Ranger (eds.), pp. 1-14.

(1983b): "Mass-Producing Traditions: Europe, 1870-1914", en E. Hobsbawn y T. Ranger (eds.), pp. 263-307.

(1991): *Nacionales y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica.

HOBBSAWM, E. y RANGER, T.

(1983): *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press.

JUDERÍAS, J.

(1997): *La Leyenda Negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero* [1914], Salamanca, Junta de Castilla y León.

LADERO QUESADA, M. Á.

(1994): "¿Qué es España? Imágenes medievales en torno al concepto de España", *Historia* 16, año XIX, n.º 215, pp. 37-52.

LAMO DE ESPINOSA, E.

(1993): "La mirada del otro. La imagen de España en el extranjero", en VV.AA., pp. 11-25.

(1996): "La imagen de España en el exterior", *Leviatán. Revista de hechos e ideas*, 66, pp. 5-38.

(2001): "La normalización de España. España, Europa y la Modernidad", *Claves de Razón Práctica*, 111, pp. 4-16.

(2003): "La imagen de España", *ABC*, 15 de marzo.

LASSALLE, J. M. (coord.)

(2003): *España, un hecho*, Madrid, F.A.E.S.

LEERSSEN, J. T.

(2000): "The Rhetoric of National Character: A Programmatic Survey", *Poetics Today*, 21, 2, pp. 267-292.

LEERSSEN, J. T. y SPIERING, M. (eds.)

(1991): *National Identity. Symbol and Representation, Yearbook of European Studies*, 4, Amsterdam, Rodopi.

LÓPEZ DE ABIADA, J. M.

(2004): "Teoría y práctica de los estudios imagológicos", en J. M. López de Abiada y A. López Bernasocchi (eds.), pp. 13-62.

LÓPEZ DE ABIADA, J. M. y LÓPEZ BERNASOCCHI, A. (eds.)

(2004): *Imágenes de España en culturas y literaturas europeas (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Verbum.

MARAVALL, J. A.

(1963): "Sobre el mito de los caracteres nacionales", *Revista de Occidente*, I, n.º 3, pp. 257-276.

MARÍAS, J.

(2000): *Ser español. Ideas y creencias en el mundo hispánico*, nueva edición ampliada, Barcelona, Planeta.

MARTÍ, L.

(1994): "España, imagen de país", *Política Exterior*, vol. 8, n.º 39, pp. 67-88.

MARTÍNEZ GALLEGO, F.-A.

(2000): "Entre el Himno de Riego y la Marcha Real: la Nación en el proceso revolucionario español", en A. Morales y M. E. de Vega (eds.), *Revoluciones y revolucionarios en el mundo hispano*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, pp. 115-172.

MITCHELL, W. J. Th.

(1986): *Iconology. Image, Text, Ideology*, Chicago-Londres, The University of Chicago Press.

MOLINA APARICIO, F.

(2005): "Modernidad e identidad nacional. El nacionalismo español del siglo XIX y su historiografía", *Historia Social*, n.º 52, pp. 147-171.

MOLL, N.

(2002): "Imágenes del 'otro'. La literatura y los estudios interculturales", en A. Gnisci (ed.), *Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, Crítica, p. 389.

MORALES MOYA, A.

(2000): "Estado y Nación en la España contemporánea", *Ayer*, 37, pp. 233-269.

MOURA, J.-M.

(1992): "L'imagerie littéraire: essai de mise au point historique et critique", *Revue de littérature comparée*, 3, pp. 271-287.

NOYA, J.

(2002): *La imagen de España en el exterior. Estado de la cuestión*, Madrid, Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos.

NÚÑEZ FLORENCIO, R.

(2001): *Sol y sangre: la imagen de España en el mundo*, Madrid, Espasa.

NÚÑEZ SEIXAS, X. M.

(1997): "Los oasis en el desierto. Perspectivas historiográficas sobre el nacionalismo español", *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 26, pp. 483-533.

OGANDO, I.

(2004): *Teatro histórico: construcción dramática e construcción nacional*, A Coruña, Biblioteca-Arquivo Teatral Francisco Pillado Mayor.

ONAINDÍA, M.

(2002): *La construcción de la nación española. Republicanismo y nacionalismo en la Ilustración*, Madrid, Ediciones B.

PAGEAUX, D.-H.

(1989): "De l'imagerie culturelle à l'imaginaire", en P. Brunel e Y. Chevrel (eds.), *Précis de littérature comparée*, París, Puf, pp. 133-161.

(2002): "Historia e imagología", en M. Boixareu y R. Lefere (eds.), pp. 37-43.

PÉREZ GARZÓN, J. S.

(2001): "Los mitos fundacionales y el tiempo de la unidad imaginaria del nacionalismo español", en VV.AA, pp. 7-27.

PÉREZ GARZÓN, J. S. *et al.*

(2000): *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica.

PITT-RIVERS, J.

(1991): "Los estereotipos y la realidad acerca de los españoles", en M. Cátedra (coord.), *Los españoles vistos por los antropólogos*, Madrid, Júcar, pp. 31-43.

POWELL, P. W.

(1991): *Árbol de odio. La Leyenda Negra y sus consecuencias en las relaciones entre Estados Unidos y el Mundo Hispánico* [1971], Madrid, Iris de Paz.

SCHILLING, H.

(2002): "Del imperio común a la leyenda negra: la imagen de España en la Alemania del siglo XVI y comienzos del XIX del XVII", en M. Á. Vega Cernuda y H. Wegener (eds.), pp. 37-61.

SERRANO, C.

(1999): *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus.

SIEBENMANN, G.

(2004): "La investigación de las imágenes mentales: aspectos metodológicos", en J. M. López de Abiada y A. López Bernasocchi (eds.), pp. 339-349.

SPIERING, M. (ed.)

(1999): *Nation Building and Writing Literary History, Yearbook of European Studies*, 12, Amsterdam, Rodopi.

THIESSE, A.-M.

(1999): *La création des identités nationales. Europe XVIII-XIX siècle*, París, Seuil (coll. "Points", 2001).

UCELAY DA CAL, E.

(1990): "Ideas preconcebidas y estereotipos en las interpretaciones de la Guerra Civil española: el dorso de la solidaridad", *Historia Social*, 6, pp. 23-43.

VALLS, J.-F.

(1993): "La imagen de marca de España", en VV.AA., pp. 61-70.

VEGA CERNUDA, M. Á. y WEGENER, H. (eds.)

(2002): *España y Alemania. Percepciones mutuas de cinco siglos de historia*, Madrid, Editorial Complutense.

VOVELLE, M.

(1982): *Idéologies et mentalités*, París, François Maspero.

VV.AA.

(1993): "La imagen exterior de España", *Información Comercial Española*, 722, pp. 3-125.

(2000): *España como nación*, Barcelona, Real Academia de la Historia-Planeta.

(2001): *La construcción imaginaria de las comunidades nacionales*, número monográfico de *Historia Social*, n.º 40.

WILLIAMS, R.

(1983): *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society*, revised and expanded edition, Londres, Fontana.

WULFF ALONSO, F.

(2003): *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Crítica.

WUNENBURGER, J.-J.

(2003): *L'imaginaire*, París, Puf.